

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO C)

Con este domingo empieza un breve ciclo de cuatro semanas en las que la lectura evangélica de Lucas describe la última etapa del camino hacia Jerusalén. En la tercera parte del camino de Jesús hacia la Ciudad Santa continúa la instrucción sobre algunos aspectos importantes de la vida cristiana: El evangelio de hoy, Lc 17, 11-19 nos habla de los diez leprosos. Este tramo del camino termina en Lc 19,28.

Lectura Primera: 2 Reyes 5, 14-17: Curación de Naamán

Toda la historia del pagano Naamán es una filigrana sobre la pedagogía de Dios para con los hombres: la obediencia de la fe, la mediación del profeta, la aceptación de los medios que Dios propone aunque, humanamente, sea poca cosa... El texto de hoy, no obstante, destaca la conclusión de la historia: el reconocimiento del Señor como único Dios por parte de un pagano.

5, 1-27: La intención del episodio de Naamán es mostrar que el poder del Señor alcanza a todos los hombres, incluidos los enemigos de Israel, como en el caso del general sirio. Ante el signo realizado en él, Naamán vuelve para dar gracias al hombre de Dios y decide que en adelante sólo dará culto al Señor. El gesto de llevarse tierra es un reconocimiento de que éste es el gran don que Dios ha hecho a su pueblo. Jesús recordará esta curación como una prueba del destino universal del evangelio (Lc 17, 11-19).

La Liturgia solamente hace uso de los vv. 14-17, que constituyen la segunda parte de este relato. Creo que es conveniente hacer una síntesis de los trece versículos primeros para poder entender mejor estos últimos, que vamos a analizar con más detención.

La primera parte del relato (2 Re 5, 1-14) describe la curación de Naamán, poderoso y prestigioso general sirio.

El proceso curativo se pone en marcha por la sugerencia de una humilde esclava israelita (2 Re 5, 2-3). Desde ella, la iniciativa pasa a la mujer de Naamán, al propio interesado y al rey de Siria para terminar en rey de Israel (2 Re 5, 4-6).

En contraste con el rey sirio, que se muestra solícito y servicial para con su general (2 Re 5, 5), el rey de Israel aparece desconfiado y suspicaz, atribuyendo oscuras y maquiavélicas intenciones a la carta de su colega (2 Re 5, 5,6-7)

La respuesta de Eliseo al desconcierto de su rey ofrece una de las claves del relato: reconocer que hay un profeta en Israel (2, 5, 6-7) será el primer paso hacia la curación y la conversión, pues equivale a reconocer al Dios que actúa y se revela por medio de su enviado.

La oportuna intervención de los sirvientes del general lleva el proceso curativo a su esperado desenlace (2 Re 5, 13-14): la obediencia a la palabra profética y el baño ritual producen la curación.

“Pero sus siervos le dijeron: Padre, si el profeta te hubiese mandado una cosa difícil, ¿no lo habrías hecho? Pues, ¿cuándo más habiéndote dicho: ‘Báñate y quedarás limpio?’” (v. 13)

“14. Entonces Naamán bajó al Jordán, se bañó siete veces, como había dicho el hombre de Dios, y su carne quedó limpia como la de un niño.

La segunda parte del relato (2 Re 5, 15-19a) nos ofrece la interpretación teológica del proceso curativo recién culminado. El general y su séquito vuelven al profeta para agradecerle la curación.

El regalo de Naamán, que Eliseo rechaza (2 Re 5, 15b-16), va precedido y seguido de dos confesiones de fe por parte del extranjero (2 Re 5, 15a- 17b).

La conversión del general era el último objetivo y el verdadero milagro del relato. La petición de una carga de tierra israelita (2 Re 5, 17) confirma la sinceridad de su conversión.

15. Acto seguido, regresó con toda su comitiva adonde estaba el hombre de Dios, y, de pie ante él, dijo: Reconozco que no hay otro Dios en toda la tierra, fuera del Dios de Israel. Dígnate aceptar un regalo de tu siervo.

Naamán ha pasado de una enfurecida incomprensión a una comprensión profunda.

16. Eliseo le dijo: ¡Vive el Señor, a quien sirvo, que no tomaré nada! Y por más que insistió en que aceptara algo, lo rehuyó.

La aceptación del regalo hubiera significado que la curación había sido obra del poder del profeta.

17. Naamán le dijo: de acuerdo, pero permite que me den la tierra que pueden cargar un par de mulas. Porque tu siervo no ofrecerá ya holocaustos y sacrificios a otros dioses fuera del Señor.

Naamán reconoce a Yahvé como Señor de toda la tierra, pero admite que lo es en especial de Israel. Por consiguiente, quiere llevarse tierra de Israel para edificar sobre ella un altar en el que piensa dar culto al verdadero Dios cuando regrese a su ciudad de Damasco.

Naamán expresa la antigua concepción que relacionaba y limitaba el poder de una divinidad a un determinado territorio: *“¿Cómo podríamos cantar un canto de Yahveh en una tierra extraña?” (Sal 137, 4)*; en esta perspectiva, si Naamán quería dar culto a Yahvé en Damasco, entonces tenía que llevarse consigo algo que perteneciera a Yahvé.

El estribillo del salmo responsorial muy adecuado: *“El Señor revela a las naciones su justicia”*

El universalismo de la salvación, que San Pablo proclamará con tanta vehemencia y que san Lucas acentúa en el ministerio y el misterio de Jesús, es el objeto del salmo de alabanza: *“Los confines de la tierra han contemplado ...”* Este salmo 97 es un salmo que cantamos con frecuencia en el tiempo de Navidad. Y con razón. Porque la encarnación del Hijo de Dios y su nacimiento como hombre entre

los hombres, es lo que ha permitido a todos los pueblos contemplar “la victoria de nuestro Dios”

Segunda lectura: 2 Timoteo: 2, 8-13: Sufrimientos del apóstol cristiano

Las exhortaciones del apóstol se hacen a partir de una profunda convicción: la comunión de vida entre Cristo y sus fieles. La vida cristiana es una vida entre Cristo y sus fieles. Por eso, la vida cristiana es una vida “pascual”: morir para vivir... con Cristo.

Analizamos estos versículos que la Liturgia de la Palabra nos propone.

El versículo 8 es muy importante y es como una preparación para comprender los vv. 11-12.

8. Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David, según el evangelio que yo anuncio,

Ser cristiano es fundamentalmente creer en Jesucristo, aquel hombre histórico y determinado, conocido por todos, pero que sigue estando misteriosamente presente en la comunidad después de su resurrección

La formulación probablemente deriva de Rom 1, 3-4: “*Acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro,*”

El objeto del imperativo es claramente el contenido de su profesión de fe. Vienen nombradas la resurrección de Jesús y su descendencia de la estirpe de David

Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos:

Con el “*recuerdo*” de la resurrección de Jesucristo - como parte constitutiva del evangelio de Pablo y como una afirmación central de fe de la comunidad situada en la tradición paulina- el autor crea una especie de contrapunto al dogma herético, que cita en 2, 18: “*se han desviado de la verdad al afirmar que la resurrección ya ha sucedido; y pervierten la fe de algunos*”, según la cual la resurrección ya había sucedido.

Además de esta consideración; debemos decir que la Resurrección es el centro de nuestra fe; si Cristo no ha resucitado, nuestra fe no tiene sentido.

Acuérdate: supone un imperativo cristológico y también litúrgico: *Haz memoria*. También un imperativo moral: vivir como Cristo. Quizá no se hace hincapié en el aspecto litúrgico, cuando realmente tiene una importancia capital; el responsable de una comunidad debe ser catequista, predicador de las verdades de la fe; pero también celebrante de esas verdades.

El aspecto moral es una derivación del aspecto cristológico y litúrgico. Nuestra vida queda marcada y orientada y sellada por esta doble dimensión.

Nacido del linaje de David: Al afirmar tan explícitamente el origen davídico de Jesús tal vez se pretenda rechazar cierto “*docetismo*” incipiente, es decir, la doctrina según la cual Jesús sólo sería hombre en apariencia, pero no en realidad.

También con la referencia a la descendencia davídica de Jesús, ésta indicada en segundo lugar, se quiere acentuar la identidad de Resucitado con la figura histórica de Jesús y su carácter real.

Según el evangelio que yo anuncio: Pablo tiene una convicción, que nadie se la puede quitar: la importancia de su doctrina, que es evangélica, en la línea de los otros Evangelios. Esta idea la repetirá varias veces en la Carta a los Romanos: “*En el día en que Dios juzgará las acciones secretas de los hombres, según mi Evangelio, por Cristo Jesús*” (Rom 2, 16)

Los vv. 9-10 presentan a Pablo como ejemplo de fe en Cristo, como modelo a imitar. En Pablo se unen de una forma especial la condición del predicador y del creyente.

9. Por el cual sufro hasta verme encadenado como malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada.

Por esta presencia de Cristo, Pablo, encarcelado y olvidado, soporta las cadenas, seguro de que la palabra de Dios no quedará aprisionada y ahogada en las mazmorras que él padece

Pero la palabra de Dios no está encadenada: La Palabra de Dios es Verdad y la verdad padece; pero no perece; tiene una fuerza que rompe todas las imposiciones, que le vengan de fuera; además hay otros predicadores que la seguirán predicando. Pablo ha podido seguir difundiendo la Palabra de Dios a pesar de hallarse en prisión.

10. Por eso todo lo soporto por amor a los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación de Jesucristo y la gloria eterna.

Sus sufrimientos son valiosos para todos los elegidos que han sido llamados al cristianismo, tanto los que ya son cristianos como los que aún no están convertidos. “*Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia*” (Col 1, 24)

11. Es doctrina segura: Si con él morimos, viviremos con él;

12. Si con él sufrimos, reinaremos con él; si lo negamos, también él nos negará;

13. Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.

Tomado probablemente de un himno litúrgico que resuena todavía hoy en nuestras celebraciones litúrgicas, corrobora y clarifica las afirmaciones precedentes: la comunión con la muerte de Cristo conduce a la vida eterna, y la participación en los sufrimientos de Cristo nos hará participar también del reino del Padre con él. Pero si le negamos, ha declarado que también él nos negará a nosotros. Si sin negarle fallamos, por grande que sea nuestra infidelidad, él permanece fiel a sus promesas de salvación universal y espera siempre nuestra conversión.

Es doctrina segura: Expresión que se repite en las pastorales. En griego “seguro” significa “digno de crédito”. Aquí Pablo quiere respaldar con su autoridad una cita tomada de algún himno o profesión de bien conocidos en la Iglesia primitiva. Es como si nos dijera: dad crédito a esto que se dice en el himno, pues es verdadero y digno de toda aceptación.

Si con él morimos, viviremos con él: Cuando Pablo habla de morir y resucitar con Cristo, piensa no sólo en la muerte y resurrección místicas del bautismo, sino también en el desarrollo de esta experiencia en la vida cristiana, insistiendo especialmente en los sufrimientos físicos y en los riesgos del apostolado: “Cada día estoy a la muerte ¡sí hermanos! gloria mía en Cristo Jesús Señor nuestro, que cada día estoy en peligro de muerte.” (1 Cor 15, 31)

La etapa final de esta asimilación a Cristo tendrá en la parusía: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él.” (Col 3, 3-4)

Si lo negamos, también él nos negará: Semejante negación significaría una infidelidad, por ejemplo, en tiempo de pruebas o sufrimientos. *El nos negará:* La negativa de Cristo podría significar que no reconocerá a un individuo en el día del juicio como uno de sus seguidores: “Pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10, 33)

13. *Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.*

Al final se rompe la simetría por la parte fuerte, por la bondad y misericordia de Dios: “¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel? ¿Voy a dejarte como a Admá, y hacerte semejante a Seboyim? Mi corazón está en mí trastornado, y a la vez se estremecen mis entrañas. No daré curso al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím, porque soy Dios, no hombre; en medio de ti yo soy el Santo, y no vendré con ira” (Oseas, 11, 8-9)

Su don y su oferta son irrevocables.

Evangelio: Lucas 17, 11-19: El samaritano agradecido

Al evangelio de hoy podemos llamarlo del “Samaritano *agradecido*”. Solamente San Lucas cuenta este hecho. La finalidad de esta narración es múltiple: el contrastar el agradecimiento, que viene del samaritano curado, y la indiferencia o ingratitud de los otros nueve curados, que no son samaritanos, sino judíos, de la Casa de Israel. La escena de los diez leprosos, y de un modo especial el regreso del leproso samaritano para adorar a Jesucristo, acentúa dos de los temas básicos de Lucas. En primer lugar, *el tema de la universalidad de la salvación* y en segundo lugar cómo el samaritano es imagen del “extranjero” que entra en la salvación de Jesucristo y realiza y cumple las exigencias de la Buena Nueva. Para el Samaritano lo decisivo, lo importante, no es el hecho de quedar curado, sino el “ver”, el darse cuenta de que la curación es un hecho que supone una “*salvación*”, que abarca Alma y Cuerpo.

12. *Le salieron al encuentro diez leprosos, cuando iba a entrar en una aldea, pero se pararon a lo lejos*

La lepra era considerada un signo del propio pecado y, por tanto, del alejamiento de Dios. Los leprosos debían vivir fuera de los lugares habituales. (Lv 13, 54-56). Jesús rompe las lejanías, las distancias, provocadas por el pecado, la lepra y la extranjería. El samaritano acumula estas dos maldiciones: es un extraño y además un leproso.

La actitud de Jesús con estos diez leprosos es una muestra más de su solicitud especial por los necesitados y por los rechazados. Dios es Padre de todos los hombres.

Diez leprosos: El número “diez” no debe interpretarse en sentido estricto; probablemente no es más que un número redondo. “*Junto a la entrada de la ciudad había cuatro hombres leprosos*” (2 Re 7, 3)

Se pararon a lo lejos: El detalle es más bien genérico, pero se basa en la prescripción legal de Nm 5, 2-3; Lv 13, 46.

13. Entonces le dijeron a gritos: ¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!

14. Al verlos, les dijo: id, presentaos a los sacerdotes. Y mientras se marchaban, quedaron limpios.

Jesús despidió a los leprosos sin haberlos curado ni prestado ayuda. Lo único que hace es una alusión a un determinado artículo de la ley, concretamente Lv 13, 39.

Y mientras se marchaban, quedaron limpios:

La curación de los leprosos no es instantánea, pero el desarrollo narrativo supone en ellos una confianza en Jesús y una disponibilidad para seguir sus instrucciones. Como fruto de esa disponibilidad sobreviene la curación, y precisamente a distancia.

La curación significaba para los leprosos la posibilidad de su reinserción social como ciudadanos normales de Palestina.

15. Uno de ellos, al ver que estaba curado, se volvió alabando a Dios a voces.

Al ver que estaba curado: el “ver” no es puramente una reacción sensorial, sino el despertar de la fe, una apertura de los ojos hacia la trascendencia, a la acción salvífica de Dios.

Solo el samaritano ve y comprende totalmente lo que ha ocurrido en realidad. Su visión le permite comprender no sólo que ha sido curado, sino que ha encontrado la salvación de Dios.

16. Se echó a los pies de Jesús y le dio las gracias; era un samaritano.

Se echó a los pies de Jesús: El acto simbólico de postración indica un reconocimiento de la categoría del personaje ; en este caso, de Jesús.

Alabando a Dios: Favorita respuesta lucana a la manifestación del poder y misericordia de Dios. Tanto aquí como en el v. 18, la cristología está en primer plano: el leproso samaritano alaba a Dios por lo que Jesús, agente de Dios, ha realizado.

Le dio las gracias: Solo en este pasaje, en todo el Nuevo Testamento, la “acción de gracias” se dirige a Jesús; normalmente, el destinatario de la acción de gracias es simplemente Dios, o el Padre.

Era un samaritano: el buen samaritano tiene compasión de aquel hombre apaleado (Lc 10, 30-37); así también éste lo es por su actitud de agradecimiento

17. Ante eso, Jesús preguntó: ¿no eran diez los que han quedado limpios? ¿Dónde están los otros nueve?

18. ¿Puede ser que no haya habido quien vuelva a dar gloria a Dios excepto este extranjero?

19. Así que le dijo: Levántate y vete; tu fe te ha traído la salvación.

Tu fe te ha salvado: suena el mensaje soteriológico de Lucas. Jesús es el que salva de la enfermedad e integra en la comunidad humana. En él encuentran los discípulos la realización de la plenitud humana.

Para entender el valor de este signo tenemos que fijarnos en cuatro de las escenas: súplica, milagro, agradecimiento y salvación.

a) El punto de partida está en la súplica. Por sí mismos, los enfermos sólo pueden gritar pidiendo auxilio: ¡Jesús, maestro, ten compasión de nosotros! (17, 13)

b) Sigue después el milagro. Jesús les manda al sacerdote para que testifique oficialmente su curación y puedan volver a formar parte del pueblo de Israel y su esperanza. El milagro externo se produce en el camino y precisamente desde entonces los destinos de los hombres que han sido curados empiezan a volverse diferentes. Nueve de ellos, los judíos, aceptan naturalmente el prodigio y siguen su camino al sacerdote, dispuestos a integrarse en la vida humana y religiosa de Israel, su pueblo. En el fondo, la curación no les aporta nada nuevo, porque vuelven a ser lo que antes fueron (israelitas).

c) Pero hay uno que vuelve a Jesucristo y le agradece el don que ha recibido. Es un samaritano. No tiene donde ir porque su vieja comunidad de salvación ya no le ofrece garantías. Ha encontrado en Jesús algo distinto, decididamente salvador, y ha retornado por eso a darle gracias y ponerse a su servicio.

d) Esto nos lleva al plano de la salvación total. El hecho del milagro externo implicaba una cierta salvación; sin embargo, la plenitud definitiva exige una respuesta abierta, agradecida y transformante. Los nueve judíos recibieron la curación externa, pero internamente siguen fijados a los viejos ideales. El samaritano, en cambio, se introduce voluntariamente en el campo del don de Dios que Cristo le ha ofrecido, por eso la verdad del milagro se realiza de una forma plena y total en su persona; vete: tu fe te ha salvado. Lo que había empezado siendo curación física se ha convertido en una “salvación” definitiva.